

## REVELACIÓN CREACIONAL Y ESTÉTICA RELIGIOSA EN LA DOCTRINA DE ALONSO DE OROZCO

En la mañana del 24 de abril de este año 2001, el cardenal Sarai-ba Martins, prefecto de la Sagrada Congregación para las causas de los Santos, en presencia del Santo Padre, Juan Pablo II, hacía pública la promulgación, entre otros, del decreto de la Congrega-ción que reconoce oficialmente el milagro necesario para la canoni-zación del beato Alfonso de Orozco, agustino español, decía el docu-mento, predicador real del emperador Carlos V y del rey Felipe II, fundador de monasterios y autor de obras de espiritualidad <sup>1</sup>. La canonización de Orozco, que tendrá lugar a lo largo de 2002, supo-ne el último reconocimiento eclesial que recae sobre una figura que no ha dejado de suscitar la admiración y afecto más cálidos entre quienes tienen conocimiento de su persona o de su obra.

Nacido en Oropesa (Toledo) en 1500, Orozco llega a la Univer-sidad de Salamanca en 1514 para cursar estudios de Derecho, a cuyo término solicita el ingreso en el convento de los agustinos de la ciudad del Tormes. Acabado el noviciado emite su primera pro-fesión ante el prior de la Casa, más tarde provincial de los agusti-nos de Castilla y luego arzobispo de Valencia, santo Tomás de Villanueva. En el mismo convento salmantino, a la sazón con rango de estudio general de la Orden, cursa el ciclo completo de Artes y Teología. Ordenado sacerdote, es destinado a la función pastoral y nombrado predicador. Prior, entre otros cargos, de muchas casas de los agustinos españoles, fundador de conventos de monjas y frailes de san Agustín, en 1554 fue nombrado, en efecto, predica-dor real por Carlos V y confirmado por Felipe II, quien no pudo manifestar más alto aprecio por su guía espiritual, queriéndolo

<sup>1</sup> *L'Osservatore Romano*, mercoledì 25 aprile 2001, pp. 1 y 5; en la edición semanal en lengua española de *L'Osservatore*, n. 17, 27 de abril de 2001, p. 4.

junto a sí en palacio en el círculo reducido de sus consejeros más íntimos, y a quien, anciano y gotoso él, visitaba en el convento de San Felipe de Madrid. Por razón del oficio de predicador real, viviría los últimos treinta años de su vida en la Villa y Corte, donde fue el gran apóstol entre los más humildes, con la aristocracia palaciega, o las gentes de letras, entre las que goza de la mayor veneración espiritual<sup>2</sup>. Su muerte y sepelio, en evidente contradicción de sus deseos, fue en Madrid un acontecimiento que paralizó la vida ciudadana.

Orozco comienza a publicar sus escritos teológico-espirituales cuando pasa de los cuarenta años y tiene sobre sí una notable experiencia de predicador, gobierno de religiosos y dirección de almas, además de una magnífica formación humanística y teológica y de su personal vida de fe, que ya le gana el calificativo de fraile santo por parte de cuantos le conocen. Al final de su larga vida, deja una producción literaria cuya extensión, variedad de temática y nivel general de calidad, hacen de él si no el mejor, sí el más completo tratadista espiritual entre los agustinos españoles del XVI. Poco después de su muerte comenzarían a traducirse algunas de sus obras al francés y al italiano (en italiano, algún escrito, como sus *Confesiones*, ha tenido dos traducciones distintas), y siglo tras siglo no han dejado de reeditarse varias de ellas, destacando la edición de las *Obras Completas* en siete volúmenes *in folio* a cargo de Juan Guerrero, en 1736, en el Colegio de la Encarnación, hoy sede del Senado del Reino, del que, bajo el mecenazgo de Dña. María de Córdoba y Aragón, fuera fundador y primer rector el propio Orozco.

La próxima proclamación como santo y la aparición del primer volumen de una edición crítica de sus *Obras Completas* en la Biblioteca de Autores Cristianos son ocasión adecuada para volver la atención al pensamiento teológico-espiritual de Orozco, que en sus días gozó de la estimación más alta y que no deja de conservar en la actualidad, en muchos terrenos, un interés más que notable. En el espectro amplio de la temática tratada por él, pre-

2 En el interrogatorio para el proceso de beatificación de fray Alonso, en 1619, declararán, entre tantos personajes, Felipe III, Lope de Vega, Quevedo, Alonso Laso de la Vega, regidor de Madrid; la duquesa de Gandía, Nuño de Colón, almirante de las Indias; el duque de Alba, el marqués de Villafranca, la infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadora de Flandes, y su esposo, el archiduque Alberto, etc. Véase, al respecto, L. Rubio (ed.), *Información sumaria del proceso de beatificación de Alonso de Orozco*, 2 vols., Real Monasterio de El Escorial, 1991.

senta un valor destacado su pensamiento a propósito de lo que señala el título de este estudio, esto es, la teología y espiritualidad de revelación creacional<sup>3</sup>.

La creación constituye la primera entrega que de sí mismo hace Dios y que, junto a la redención y la glorificación, forman las tres grandes donaciones divinas, «beneficios universales» que forman toda la economía de la gracia<sup>4</sup>. Como entrega de Dios, la creación posee un evidente valor salvífico y constituye el primer ámbito de relación entre el hombre y Dios. En la creación del mundo, o en el mundo como creación, es consignada al ser humano una comunicación del Dios creador, de tal suerte que sobre el hecho radical de la concesión del ser, el crear divino posee la virtualidad salvífica de transmitir una presencia o comunicación de Dios, que posibilita y exige una experiencia religiosa y unos determinados elementos morales. Esta teología y espiritualidad de la creación no ocupa un lugar central en el conjunto del pensamiento de Orozco, que es reservado a la redención, o sea, a la economía de la gracia que culmina en Jesucristo. Y, sin embargo, posee en la obra del propio Orozco una importancia notable y en sí misma una singular riqueza, captándose en ella, con facilidad, ecos provenientes del pensamiento de san Agustín, del que Orozco, en éste y en tantos temas, se muestra discípulo devoto.

3 Citamos los tratados espirituales de Orozco por la edición de fray Antonio Guerrero, IV vol., Madrid 1736, según las siguientes siglas: A, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, I, 217-264; EB, *Epistola a Don Bernardino Pimentel*, III, 459-463; C, *Confesiones*, III, 65-111; CCh, *Catecismo christiano*, I, 376-475; HRS, *Historia de la Reina Sabá*, III, 276-412; MAS, *Memorial de Amor Santo*, II, 165-332; MC, *Monte de contemplación*, II, 109-164; RA, *Regimiento del alma - Escala de perfección*, II, 418-434; RVCh, *Regla de vida cristiana Exercitatorio espiritual*, II, 357-417; SP, *Tratado del sacramento de la penitencia*, I, 299-375; TBGCh, *Tratado Breve de la gratitud christiana*, II, 338-344; TC, *Tratado de la Corona de Nuestra Señora*, III, 112-179; TSD, *Tratado de la suavidad de Dios*, II, 465-608; TSP, *Tratado de las siete palabras que María Santísima habló*, III, 189-262; VM, *Victoria de la muerte*, I, 476-579; VMO, *Victoria del mundo*, I, 265-298; VO, *Vergel de oración*, II, 1-108; VyM, *Vidas y martyrios de los bienaventurados San Juan Bautista y San Juan Evangelista*, III, 1-72. Además, no incluidos en la edición de Guerrero, BC, *El buen combate - Certamen de amor santo*, traducción y notas de fray Pedro Lozano. Madrid 1914.

4 A, 396. Los tres beneficios son mencionados en la obra de Orozco con enorme frecuencia, jugando un papel verdaderamente vertebrador de su teología. En ocasiones (p. ej., RVCh, 399; RA, 434) se enumeran cuatro, desglosando de la creación la conservación del mundo. En otra formulación del mismo tema habla de «tres maneras de bienes» recibidos de Dios: bienes de naturaleza, de gracia y de gloria: AAD, 228.

## I. EL MUNDO, OBRA DEL AMOR DIVINO

1. *Creación como participación.  
Inmanencia de Dios en el mundo*

El dato radical sobre la realidad existente es su origen en el Dios de naturaleza amorosa del que proceden los seres creados por participación de su propio ser. Y por parte de Dios, evidentemente, la posibilidad en Él de crear, de modo que la realidad formada es efecto y manifestación del poder creador divino: si existen los seres creados es que Dios tiene el poder para hacerlos<sup>5</sup>. Amorosidad y poder de Dios, y creación de los seres como participación de su ser y amor divino son dos elementos fundamentales juntamente afirmados por Orozco, que así se hace eco del concepto platónico de participación ampliamente acogido por los Padres de la Iglesia en la teología de la creación: «Platon, admirado, dixo que la bondad de Dios fue causa que este mundo fuesse fabricado. Y tuvo gran razon, porque como es proprio de la bondad comunicarse, y no quedarse encerrada en si misma, segun afirma San Dionysio, determino aquella suma Bondad, siendo felicissima en si misma, de criar mundo, para que sus criaturas participassen de las riquezas de aquel divino Ser»<sup>6</sup>. La esplendidez desbordante del ser y del amor divino es, pues, la raíz y razón última del mundo<sup>7</sup>, que en todo caso surge desde la libre voluntad divina de comunicar participadamente su plenitud de ser: «En si mismo felicissimo, y glorioso: luego por su bondad, y misericordia, queriendo enriquecer sus criaturas, participando en ellas sus riquezas, determinò de criar todo este universo»<sup>8</sup>. La formación de los seres y la entrega participada de sí mismo por parte del Creador a sus criaturas son actos simultáneos que forman la realidad: «Poder inefable, bondad eterna, de quien como centellas pequeñas, salieron las criaturas todas, al tiempo que vos determinastes de comunicaros, criando este mundo hechura

5 VM, 565.

6 HRS, 336. «Todo lo que es bueno por participacion de aquella suma bondad es bueno, luego es èl inefable bondad», AAD, 237; ver MC, 159; MAS, 167.

7 «El amor le movió à criar Cielos, y tierra: y aun amor fue la causa, para darte el ser», MAS, 177.

8 C, 68. «Aver criado este mundo tan hermoso, tan ordenado, y tan concertado, y juntamente tan provechoso, y sin averle el menester...», *Id.*; HRS, 375: «Supo, y quiso, sin necesidad de cosa alguna, criar este hermoso universo, tan concertado, y ordenado». Ver TSD, 582; VO, 91; MAS, 313.

de vuestras poderosas manos»<sup>9</sup>. Acompañando a esta idea de creación participadora está la doctrina del ejemplarismo enseñado por los Padres que Orozco expone en referencia al respectivo pensamiento de san Agustín, pues como éste enseña, al igual que toda obra humana, tiene primero vida en la mente del artífice, así «las criaturas tuvieron antes de ser vida en este Verbo Dios..., y después en tiempo recibieron el ser por creación, participando de esta Fuente de vida, Verbo de Dios»<sup>10</sup>.

En virtud de esta creación participadora hay una natural inhabitación de Dios en sus criaturas: «Dios hace de nada las cosas, y dandoles el primer ser, se ha de quedar en ellas, y con ellas»<sup>11</sup>. Esta presencia de Dios en la realidad creada constituye su consistencia ontológica, procedente del ser y el poder del Creador: «El sumo Artífice Omnipotente Dios en todo lo que hizo, està presente por Essencia, Potencia, y Pressencia: y à no estar èl en sus obras, ellas se bolverian en la nada, de que fueron criadas»<sup>12</sup>. Este triple modo de inmanencia de Dios en la realidad creada, propio de la metafísica clásica y que Orozco repite con frecuencia, es descrito en su significado más concreto: «Presente porque todo lo veis: Poderoso en todo, porque todo lo governais, y toda criatura os es sujeta: por Essencia, pues à todo inmediatamente os hallais, penetrando el ser de cada cosa, y conservandola»<sup>13</sup>. La presencia natural de Dios en el mundo, pues, lo mantiene o conserva y rige internamente<sup>14</sup>. Enteramente procedentes de Dios, que crea de la nada, las cosas son radicalmente dependientes, no autofundadas, en sí mismas insuficientes, por lo cual, sólo en el Dios originante, en alguna inmanencia en Él, pueden sostenerse en su ser dado, de modo que esa cierta presencia de Dios en las criaturas parece exigida por la misma lógica de la creación: «Como nada pueda sin la virtud del Criador conservarse, el mismo Dios se queda dentro de sus obras, sopena que ellas se tornarian en nada, como vemos que los rayos del Sol se conservan con la presencia del Sol, en su

9 CCh, 456.

10 RVCh, 365.

11 TBGCh, 341.

12 TSD, 545, igual en *Id.*, 594; «Su Essencia, y su Potencia, y su presencia en todas las cosas criadas està», AAD, 239-240. Ver EB, 461; TC, 125; VM, 507.

13 VO, 89.

14 C, 99; ver BC, 233; GL, 442. Es obvio que esta presencia natural se distingue de la inhabitación de Dios en el alma de los justos que es de índole netamente personal, amorosa, y que Orozco diferencia bien: «Su Criador, Rey, y Señor llena el cielo, y la tierra, y en todo està presente por Essencia, Presencia, y Potencia, y aun en los justos està por unidad de amor», TSD, 594.

ausencia cessa el día, y sucede la noche»<sup>15</sup>. Si Dios, según el relato genesiaco, dejó de crear al cabo del sexto día, no por eso cesa de obrar, actuando en la conservación de lo ya creado<sup>16</sup>. Pero al mismo tiempo, apoyándose en san Agustín, no deja Orozco de afirmar la relativa autonomía de las criaturas que el mismo Dios les concede, de modo que todas se mueven desde su propia naturaleza y el gobierno de Dios es simultáneo a su movimiento natural<sup>17</sup>. Y de igual manera, la transcendencia del Dios presente en sus criaturas<sup>18</sup> y la nulidad de éstas si son comparadas con la infinitud del ser divino<sup>19</sup>.

Desde éste su origen y consistencia ontológica, la realidad creada queda más en particular caracterizada como buena, bella y amorosa, cual reflejo en su realidad del amor divino del que procede. Tales caracteres conforman la visión gozosa que Orozco tiene de la realidad y en los que se abundan sus descripciones.

## 2. *Bondad y belleza de la realidad. El orden como transcendental de belleza divina*

Derivante y participante de la perfección absoluta de Dios, todo es bueno en el mundo salido de Él: «Todo lo que es criado, es bien particular y es gota pequeña de aquel Mar Oceano de infinitas perfecciones nuestro Dios»<sup>20</sup>. La Escritura atestigua esta bondad divina del mundo, bueno a los ojos del mismo Dios: «Dixo San Juan:

15 VMO, 268; AAD, 240: «Si dexasse de estàr en ellas, luego dexarian de ser, y se bolverian en nada». Ver VM, 507; MAS, 313; ECh, 149. La acción conservadora de Dios es enteramente lógica con la misma creación: «San Dionisio dice, que la razon pide, que las cosas criadas las conserve Dios en su perfeccion, y sèr», VO, 36.

16 Esta acción sostenedora del Padre le corresponde igualmente al Hijo y a este respecto Orozco hace una observación fugaz y de cierto interés, relacionando la conservación del mundo por parte del Hijo a partir del sexto día con los milagros obrados por Jesús: «Es mi día el Sabado, y en èl quiero manifestar mis milagros y maravillas...», MAS, 313.

17 «Como dice nuestro Padre: *De tal manera el Señor gobierna este universo, que à cada criatura la dexa obrar, conforme à su naturaleza*. De aqui es, que el fuego calienta, la nieve enfria...», TSD, 476. A cada cosa creada «le da virtud, para que se conserve, y obre según su naturaleza. Assi lo vemos en los Cielos, Sol, y Estrellas, y en este universo, que nuestro Poderoso Señor nos criò, al qual con suavidad conserva esse mismo Criador», GL, 442.

18 CCh, 445.

19 VM, 565.

20 TSD, 605.

*Dios estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por Dios.* Y porque de tales manos no puede salir sino obra buena, decir que este mundo es hechura de Dios, es declarar San Juan, que este mundo es bueno: y por tanto, en criandole Dios, le mirò: y afirma Moysès, que todas las cosas, que Dios hizo eran muy buenas»<sup>21</sup>. Aunque también ante la infinita bondad de Dios, se esfuma la bondad natural de la criatura, porque sólo Dios es bueno por esencia<sup>22</sup>.

Este mundo bueno en tanto que salido de Dios está regido por un orden general que aúna todas las cosas formando juntas un espléndido y bellissimo concierto. En la visión de la realidad de Orozco, el «orden» alcanza el rango de verdadero transcendental metafísico que gravitando sobre todo, todo lo posibilita y caracteriza. Siendo el mundo creación divina es por lo mismo ordenado, porque como enseña san Pablo en Rom 13, 11: «Las cosas que son de Dios son ordenadas»<sup>23</sup>. En la explicación de este *ordo generalis* como causa de la belleza del mundo Orozco se remitirá a la respectiva enseñanza de san Agustín: Si el Génesis afirma que todas las cosas hechas por Dios eran muy buenas «Dà la razon San Agustín: porque siendo cada cosa buena de las que Dios avia criado, en cada un dia de lo seis que obrò, el orden que les diò, y el gran concierto, que en todas ellas puso, les diò tal lustre, que se digan muy buenas»<sup>24</sup>.

Todo fue hecho en su orden, son indisociables creación y orden, el crear divino no puede no ser crear ordenadamente. Así se dibuja una relación de íntima dependencia entre creación, orden y belleza, porque ese orden general implica, con el mismo léxico de Orozco, poder, concierto, concordia, armonía, hermosura, acentuando menos la gradación o jerarquización de los seres; orden, en definitiva, es interrelación, principio de consistencia ontológica y belleza, afectando a la raíz última del ser: «El orden lleva consigo no tan sólo virtud y poder grande, mas también belleza y admirable her-

21 HRS, 314; ver RA, 422; BC, 172.

22 VM, 565.

23 BC, 177.

24 HRS, 314. En efecto, como es sabido, principio fundamental de la estética agustiniana es justamente el concepto de orden. Véase, al propósito, K. Svodoba, *La estética de San Agustín y sus fuentes*, Madrid 1958, esp. 37-49; A. Uña Juárez, «San Agustín: belleza sensible y belleza del orden», en *La Ciudad de Dios* CCXII (1999), 183-213. B. Sierra de la Calle, «De la belleza de Dios a la belleza de las artes. El doble camino agustiniano». Actas de las IX Jornadas de patrimonio cultural de religiosos españoles, en *Confer*, suplemento 155, Madrid 2001, pp. 29-64. J. M. Fontanier, *La beauté selon Saint Augustin*, Rennes 1998.

mosura»<sup>25</sup>. Este *ordo* u ordenamiento afecta a todo lo existente, de modo que el pensamiento de Orozco traza una macrovisión armónica de la realidad, descrita sobre todo en referencia a los grandes elementos cósmicos que Dios «ordenò con tan gran concierto, como enseña la armonía de los cuatro elementos, y manifiesta la concordia perpetua, que guardan los movimientos de los siete Planetas, y de todos los cielos»<sup>26</sup>. Si cada cosa tiene su propia consistencia y belleza, lo que más llama la atención de Orozco es la armonía conjunta de todos los seres, como explica mediante una comparación expresiva tomada de la percepción de la belleza de la música: «Podrà ser buena cada voz de quatro cantores que cantan, mas todas juntas hacen una melodia, que excede à la que cada una hace por si cantando sola. Lo mismo que un harpa: otra musica es, quando està bien templada, la toca el tañedor, sonando muchas cuerdas juntas, que no quando toca una sola»<sup>27</sup>. Hay pues, una belleza universal que se extiende a todo lo creado y que está dada en la armoniosa integración de todas las cosas, en la conjunción racional de lo plural y lo diverso en la unidad, y que es obra y manifestación tanto del poder como de la sabiduría del Creador: «Què concierto tan maravilloso tienen esos Cielos en sus movimientos, y tambien estos quatro elementos! Usò nuestro Dios de su sabiduria en el concierto de este mundo, de su poder en criarle, y de su bondad en conservarle»<sup>28</sup>. Y también el mundo cercano, la naturaleza más inmediata al hombre y la textura del mismo espíritu humano son descritos delicadamente como transidos de una belleza procedente de su Hacedor: «Esta graciosidad, y lindeza de los campos, y vergeles, yo la di, y en mi està con infinita perfeccion todo lo que allà està repartido por las criaturas. Yo soy la armonía suave de las almas, y di a las aveçitas las voces suaves, para que cantassen»<sup>29</sup>. Belleza, pues, interior y exterior, en lo inferior, lo más sencillo, y en lo superior y más grandioso que el hombre puede contemplar, una verdadera «pulchra universitas» de la que hablaba san Agustín<sup>30</sup>.

25 *Id.*, 171-172. Ambos aspectos, consistencia y belleza del orden, son principales en la estética de san Agustín: «La ordenación hace ser y el desorden no ser», *De mor. Manich.*, II, 6, 8; «Nada hay puesto en orden que no sea bello», *De vera religione*, 41, 77.

26 TSD, 465.

27 HRS, 314-315.

28 TC, 153. «Dios tan poderoso, que supo sacar de sus manos una obra tan acabada: tan Sabio...», TSD, 465. «Este mundo bueno es, porque lo hizo Dios, para dar muestra de su gran saber, poder y bondad...», HRS, 315.

29 TSD, 543.

30 *De libero arbitrio*, III, 9, 27.



En el seno de esta armonía general tiene lugar el movimiento de los seres, que procede, obviamente, de modo ordenado. Como en la filosofía griega, en especial Aristóteles, para Orozco, siendo el mundo un todo ordenado, los distintos seres que lo componen —la tierra, los astros, los elementos, los vivientes— están en su sitio o tienden lógicamente a él, comportándose del modo que les corresponde y siendo la naturaleza de cada ser lo que determina su lugar en el universo y su forma de moverse. De este modo, cada cosa tiene por naturaleza su lugar o centro al que se orienta, todos los seres están centrados y el mundo es una totalidad ordenada; sólo que, para Orozco, este ordenamiento general que asigna a cada cosa su lugar, al que ésta por naturaleza tiende y en el que descansa, este orden enseñado por la filosofía procede del Dios Creador: «Sentencia es de todos los Philosophos, que nuestro Dios, Sabiduría eterna, quando quiso criar el mundo, para enseñar su poderr sabiduría y bondad, con tan admirable orden le concertò, que a cada cosa diò su centro, en el qual naturalmente descansasse. De aqui es, que à las cosas leves, como lo es el fuego diò su esphera en lo alto, cerca del Cielo de la Luna, y asi vemos en una hacha que arde, aquellas llamas que echa, moverse, no à lo baxo, sino àcia el Cielo, a dònde và a pàrar su inclinacion, para si pudiesse reposar, en su centro. Tambien vemos, que una piedra, aunque pequeña, soltando la mano, và con toda su fuerza à lo baxo, deseando con aquella inclinacion natural, que su Criador le diò, llegar à su centro, que es en medio de la tierra, para alli descansar»<sup>31</sup>.

Así, en la consistencia de cada ser y en la armonía con que en su diversidad todos están ordenados, se revela el amor del Dios Creador. El amor se manifiesta creadoramente en el hermoso ordenamiento y éste no puede proceder sino de un principio amoroso, de modo que cada ser individual es, antes que nada, manifestación del amor de quien lo hizo. Orozco expresa con firmeza la idea magistral de que en la belleza se realiza, se hace presente y se descubre el amor: «todas las cosas criadas primero enseñan el amor del Dador, que el dòn», y glosando la frase de

31 VyM, 65. «Todas las cosas tienen su lugar dedicado adonde reposan, que llaman los Philosophos centro en el qual se conservan mejor, que fuera del: las cosas pesadas, como lo es la piedra, vanse abajo; las cosas leves, como el fuego, vanse à lo alto. De manera que no ay cosa que tenga dos centros, sino uno», AA, 235. Ver también HRS 277. En estos textos se percibe, además, la teoría aristotélica del movimiento, según la cual cada cuerpo pugna por volver a su esfera correspondiente según su naturaleza: agua y tierra, por su gravedad, tienden a descender, mientras que el aire o el fuego, de naturaleza liviana, tienden al ascenso.

Gén 1, 2 —«el espíritu del Señor andaba sobre las aguas»— afirma que «sobre todas las cosas andaba nadando el amor Divino, el qual con Ley suave las sustenta, y gobierna. Todo nace de Fuente viva de amor, y todo lo que tiene sèr viene esmaltado de puro oro de amor»<sup>32</sup>. El fulgor de hermosura de las cosas no es sino el destello del amor del que proceden y que llevan en sí. Y el conjunto de los seres con su orden bello, el mundo de espléndida armonía, es igualmente signo del amor de Dios, que amorosamente así lo ha creado. El ordenamiento interno que todo lo coordina y universaliza es ley suave, es encadenamiento delicado en cuanto procedente de un Creador amoroso, que no siendo «menos dulce que fuerte», «quando criò este mundo, atòle, y encađenóle con una cadena de gran suavidad»<sup>33</sup>.

### 3. *Superioridad del hombre en el mundo.* *Antropocentrismo de la Creación*

Este mundo dotado por Dios de tal consistencia, bondad y belleza, ordenado y embellecido por vínculos de amor, alcanza su plenitud en la criatura humana, en quien el Creador extrema su acción creadora: «La mas noble, y excelente criatura de este mundo visible, que es el hombre, como este Clementissimo Criador de el mundo mostrò con èl su fortaleza, y le ordenò, y dispuso con mayor suavidad, que à los cielos, ni à los elementos, ni à todas las cosas visibles»<sup>34</sup>. La superioridad del hombre sobre las demás criaturas es argumentada por Orozco refiriéndose a la «consulta trinitaria» de Gén 1, 26, según una interpretación frecuente en los Padres de la Iglesia, que Orozco toma en concreto de san Agustín y que en la actualidad rechaza la exégesis bíblica<sup>35</sup>. Y además, en referencia a la forma concreta en que Dios lo creó, especialmente esmerada y amorosa, haciendo Él con sus propias manos su cuerpo. Mientras que las demás criaturas fueron hechas por la palabra ordenadora del Creador, con el hombre, Éste «como un artifice hace una estatua de lodo, le diò el ser

32 EE, 412.

33 TSD, 476.

34 *Id.*

35 «Como queria criar una criatura mas excelente, capaz de razon, y consejo, entraron las tres Personas Divinas como en consejo, para obra tan maravillosa: lo qual no se lee de la creacion de la Luz y ni del Cielo, como nota nuestro Padre San Agustin», TSD, 476.

corporal y luego alentando con su boca divina en el rostro, juntamente le criò el alma, y la infundio en aquel cuerpo, que avia con sus manos fabricado»<sup>36</sup>. Evidentemente, la superioridad del hombre radica en su condición racional concedida en exclusiva a él<sup>37</sup> y por la cual es punto cimero y convergente de todas las criaturas, lo cual no era desconocido por sabios antiguos a quienes Orozco trae a colación. El gran sabio Trimegisto, sacerdote de Egipto, considerando su perfección, sostenía que el hombre es un gran milagro en el mundo. En Grecia, Platón ensalzaba la excelencia del hombre, el solo dotado de entendimiento, y Aristóteles afirmaba que el hombre es, de alguna manera, todas las cosas, lo que Orozco interpreta en el sentido de que en él se reúnen las inteligencias celestiales, dada su alma espiritual, y todos los elementos físicos —tierra, agua, fuego, aire—<sup>38</sup>.

Pero la razón más propia y específica de la singular grandeza del hombre, en la que Orozco más se adentra y abunda en consideraciones, es haber sido creado por Dios como imagen y a semejanza suya. El tema del *homo-imago* es el elemento basilar sobre el que se asienta toda la antropología de Orozco y punto axial en torno al que gira gran parte de su magisterio espiritual, tema, por tanto, desarrollado con gran amplitud y que aquí sólo podemos evocar. Como *imago* del Creador, el hombre es un alma espiritual y en las potencias de ésta, entendimiento, voluntad y memoria, consiste en concreto el parentesco y la similitud que tiene con el Dios creador. Por virtud de esa semejanza, el alma humana es inmortal y además «capaz de Dios», natural interlocutor del Creador a quien puede conocer con su entendimiento, amarle con su voluntad y rememorarle continuamente con su memoria. Las tres potencias del alma espiritual, además, son descritas como imagen particularizada de cada una de las tres personas divinas: por la memoria se asemeja el hombre al Padre, por el entendimiento al Hijo y por la voluntad al Espíritu Santo, de suerte que el hombre es una esencia, un yo irreductible, un alma singular, como una es

36 Aunque Orozco usufructúa, como vemos, el gran valor teológico del relato de Gén 2, también es consciente del carácter simbólico de su antropomorfismo: «No se ha de entender como suenan estas palabras, porque Dios es espíritu, y sus manos con que obra, son Sabiduría y Omnipotencia, y la boca es su divina Voluntad, con la qual libremente cria todo lo que quiere», TSD, 476.

37 «Nuestro Señor criò al hombre capaz de razon, y le diò tan alto privilegio, que ni los Cielos, ni criatura visible le usa sino èl», AAD, 224.

38 TSD, 476; HRS, 276.

la esencia divina, y al tiempo una tríada de potencias espirituales a imagen del Dios Trino<sup>39</sup>.

Este dato fundamental de la antropología cristiana, el hombre imagen de Dios, es la clave más específica de la interpretación de Orozco como pensador cristiano de la novedad y superioridad cualitativa del ser humano sobre las demás criaturas<sup>40</sup>. Si tras la formación del hombre, según el relato bíblico, Dios da por acabada la tarea y descansa, es porque ha realizado ya la entrega más plenaria de sí en la criatura humana: «Cessò de criar obras nuevas, aviendo ya hallado vaso, en quien empleasse sus tesoros, y misericordias, criando al hombre à su imagen, y semejanza: medalla la mas primorosa, y delicada, que Dios obrò en este mundo visible: y por tanto la puso en lo mas alto del retablo, que el Artifice sumo labrò, criandole en el sexto dia»<sup>41</sup>. Dios, por tanto, sobre la arquitectura magnífica de su obra material y animada, entroniza en el momento final y culminante, en la cima del «retablo» —ahora la metáfora es plástica— su propia imagen en calidad de directo representante suyo<sup>42</sup>.

Y hecho como imagen y a semejanza del Creador queda el hombre constituido señor del resto de la creación, elemento sobre el que abundan las explicaciones de Orozco: «Resplandezca en èl nuestra imagen... hagamosle señor de este mundo visible, y tenga dominio en los peces del mar, en las aves del Cielo, y estenle suje-

39 Sobre la antropología de Orozco en torno a los conceptos de la imagen y la semejanza, puede verse: G. Tejerina Arias, «'A imagen de Dios'. Visión teológica del hombre en la doctrina de Alonso de Orozco», en R. Lazcano (ed.), *Figura y obra de Alonso de Orozco, OSA (1500-1591)*, Madrid 1992, 95-130.

40 De aquí surge, como primer segmento en el pensamiento de Orozco, la espiritualidad de la imagen como consideración de la presencia del Creador en el propio yo personal; a ella sigue la contemplación de Dios a partir de los seres creados que examinamos en este estudio —MC, 145—, a ésta la experiencia de Dios por medio de Jesucristo, con especial atención a su muerte —MC, cap. X—, y en cuarto y último grado, la contemplación directa del mismo Dios trino: MC, cap. XI.

41 TSP, 194. También aquí la interpretación de Orozco conduce más allá de la literalidad del texto genésíaco: «Dios holgò en el dia Sabado: no porque huviesse trabajado, ni porque quedasse cansado, el que es virtud infinita»; «se dice holgar el Sabado» porque con la formación del ser humano está concluida la creación: *Ib.*

42 «Como acà suele un Rey, quando tiene acabada una casa Real muy rica, poner en ella su propia imagen, que le represente para memoria perpetua, bien assi nuestro immenso Dios, aviendo dado fin, y puesto en perfeccion a todo este mundo visible, alla al sexto dia dixo: *Hagamos al hombre à nuestra imagen, y similitud*», TSD, 476. Naturalmente, el hombre sale de las manos de Dios perfectamente limpio de la fealdad del pecado: *Id.*, 572.

tas las bestias de la tierra»<sup>43</sup>. El hecho mismo de ser creado en último lugar expresa el señorío del hombre que Dios le concede amorosamente sobre todo lo anterior, que está aguardando la llegada de su soberano, quien lo encuentra todo dispuesto a su servicio: «En eternidad te conocí, y te ame, y todo lo que crié, hice para tu servicio: y aun quando crié el mundo, puse los ojos en ti, hombre, haciendote Señor de todo: y que tu fuesses como monarca, y Señor de este mundo visible, y despues reynasses conmigo en el Cielo»<sup>44</sup>. En realidad, la misma creación del hombre está ordenada al señorío de éste sobre el mundo que le antecede, de modo que esa soberanía se inscribe en el proyecto de hombre que Dios plasma al crearlo: «El fin para que Dios criò el hombre, fue para que gozase de gran señorío, y que su imperio fuesse perpetuo. Señal de esto excelente fue luego, que le criò, ponerle en aquel paraíso terrenal, y vergel de deleites, y darle el señorío de este universo, de las aves, de los peces, y de las bestias de la tierra. Todo se lo puso debajo de los pies, para que de ello se sirviese, y que èl sirviesse à su Criador, y Señor»<sup>45</sup>. La facultad del hombre de ponerle nombre a los seres vivos denota igualmente la sabiduría que Dios le ha concedido y su señorío sobre ellos<sup>46</sup>. Todo le es entregado a Adán para gobernarlo y servirse de ello, todo lo que hay en la tierra y en los cielos, el universo entero, como le corresponde en tanto que retrato del Creador que es el título de su soberanía<sup>47</sup>. Todas las criaturas, en su inconsciencia, le han de servir, dado que no son semejantes a él<sup>48</sup>. El amor de Dios de tal modo se manifiesta, con tanta generosidad, a su ser predilecto, el hombre, imagen suya, que éste goza así de los dones y valores de una naturaleza cuya consistencia y sentido están, sin duda alguna, en servir al hombre. Al finalismo intramundano de la creación del hombre, que es su excelencia y soberanía, corresponde el finalismo del mundo, hecho a disposición de la criatura humana. Orozco asienta así un antropocentrismo formal: «Si la tierra nos sus-

43 A, 227.

44 ECh, 201. CCh, 429: «El fin para que Dios criò el hombre, fue para que gozase de gran señorío, y que su imperio fuesse perpetuo. Señal de esto excelente fue luego, que le criò, ponerle en aquel paraíso terrenal, y vergel de deleites, y darle el señorío de este universo, de las aves, de los peces, y de las bestias de la tierra. Todo se lo puso debajo de los pies, para que de ello se sirviese, y que el sirviesse à su Criador, y Señor».

45 CCh, 429.

46 EE, 413; TSD, 480.

47 «Como en este mundo visible huviesse dado el primado al hombre, el qual criò a su imagen y similitud», TSD, 582; ver *Id.*, 529 y 564; ECh, 25.

48 TC, 118.

tenta, y sirve con sus frutos, el buen Hortelano solícito es el Santo Amor, el qual una vez se lo mandò, diciendo: *Produzca la tierra yerva verde, y arboles fructiferos, en diversas maneras*. Si el ayre nos refresca, y dà vida, el Amor Divino se lo mando, que èl por sî, como sea causa segunda, nada podria. Si el agua nos dà sus peces, y corre con gran impetu para su mar, de donde saliò, todo es por cumplir con el mandamiento de el Amor. Finalmente, si el fuego dà calor, y si el Cielo dà luz, e influencia, criando diversos metales en la tierra, todo es para servicio del hombre y para regalo de un solo amigo, que aquel Amor infinit, nuestro Dios, en esta tierra criò»<sup>49</sup>.

Pero si la semejanza con el Creador motiva el dominio del hombre en el mundo, hay aún otra razón ulterior que a Orozco más importa poner de relieve: La entrega de todo lo creado no quiere sino provocar en el hombre el reconocimiento amoroso a Dios que así le beneficia. La superioridad cualitativa del humano, concedida graciosa y amorosamente, ha de mover a la alabanza, la gratitud y al amor del hombre hacia su Creador, y poner de relieve y estimular a esta actitud religiosa es, sin duda, el término al que Orozco orienta todas sus consideraciones: «¿Què corazon ay, que considerando estas entrañas tan amorosas de Dios, y contemplando, con què suavidad Dios Señor nuestro criò al hombre, que no se enterezca, y alabe con gran alegría, y ame à quien tanto le amo, y ensalzò?»<sup>50</sup>. Todos los seres individuales y su disponibilidad para el hombre son revelación del amor de Dios y llamada a un amor responsorial: «¿Què son, sino brasas encendidas, los elementos, aves, y animales, Cielos, y planetas, con que este Sapientíssimo Señor quiso poner fuego à nuestro helado corazon, para despertarle à amar a quien tantos dones le embia, por hacerle diestro amator?»<sup>51</sup>. Con la creación a su servicio quiere Dios obligar al hombre a alabarle por todo y por todo darle gracias y con todo su corazón amarle. Además y como enseña san Agustín, si Dios concedió a Adán el dominio de todo lo

49 EE, 412; ver MAS, 177.

50 TSD, 476. «Diòle señorío de las aves, peces, y bestias de la tierra, entregandose lo todo, porque le sirva con todo su corazon, y amor». RVCh, 399; ver MAS, 210, 213.

51 EE, 412; *Id.*, 413: «¿Què es, hermana en Christo, el Sol, y la Luna, Cielos, y tierra, sino joyas de la mano de este gran Amigo nuestro, embiadas para intimarnos su gran voluntad, y amor?»; ver A, 228; MAS, 212. Si tras el pecado de origen, las criaturas se apartan del hombre y ya no le sirven para su recreo, por voluntad de Dios le siguen sirviendo para cubrir sus necesidades: MAS, 210.

creado, puesto a su servicio, fue para que gozase de Dios para su descanso y felicidad <sup>52</sup>.

Esto conduce ya a lo que en la doctrina de Orozco han de ser las diversas correspondencias por parte del hombre en el tejido de una experiencia religiosa que se sustancia a partir de la revelación creacional de Dios. Esta diversa respuesta humana se objetiva en torno a dos direcciones que, con sus propias ramificaciones, vertebran la espiritualidad de la creación de Alonso de Orozco: Descubrimiento de Dios en el orden bello y armonioso del mundo y la respuesta de gratitud, amorosa y responsable, como señor de la creación.

## II. PERCEPCIÓN DE LA BELLEZA DEL MUNDO. ESTÉTICA RELIGIOSA

### 1. *La experiencia estética*

En un plano puramente fenoménico, y aunque sea de forma esporádica, Alonso de Orozco se muestra buen observador de los fenómenos naturales y sumamente sensible a la belleza del mundo físico y animado, dando cuenta de su fina experiencia estética personal, mientras que no se hallará en sus libros señal alguna de valoración de la belleza del arte humano <sup>53</sup>. Orozco atiende a la naturaleza y describe la belleza de fenómenos físicos como la luz solar celándose entre nubes oscuras con el efecto de un hermoso arrebol: «Cada día vemos en el Cielo estar una nube negra, llega el Sol, y envistese en ella, dale lustre y hermosura, que parece un rubí muy fino» <sup>54</sup>. La esbeltez y lozanía admirables de algunos árboles: «Excelsa palma, cuyo verdor atrae las miradas de los que la contemplan, causando en sus ánimos no pequeña satisfacción...» <sup>55</sup>; o la estampa alegre del primer estío sobre los campos cultivados:

<sup>52</sup> MAS, 263.

<sup>53</sup> En concreto, respecto del arte religioso, el pensamiento de Orozco viene determinado en exclusiva por criterios de radicalidad evangélica que excluyen cualquier búsqueda de forma espléndida sino es la de la desnudez de la kénosis del Salvador, que es el móvil verdadero de la genuina piedad: «Vuestro Oratorio sea devoto, y pobre. Poco va en tener Imágenes preciosas, para mover el espíritu a la devoción: bastaros debería un Crucifijo, para contemplar a vuestro Esposo Jesu Christo: y pues murió en Cruz de palo, superfluidad sería hacerla de oro, ni de plata», DE, 440.

<sup>54</sup> VMO, 272.

<sup>55</sup> BC, 18.

«Estàr las viñas, y arboles muy floridos al principio del verano, y los panes verdes, y bien crecidos, dà contento mirarlos...»<sup>56</sup>. De ahí que pondere lo saludable que es pasear por los campos: «A los enfermos suelen decir los Medicos, que tomen alegria, y que salgan al campo à vèr huertas, y danlo por principal medicina»<sup>57</sup>. De igual modo ensalza el arte con que los animales viven y laboran: «La miel sola es graciosa de vèr, y dulce de gustar: mas el panal lleva gran artificio con aquella orden de vasicos, y con gran primor de aquella cera labrada de las abejas, y sacada de flores»<sup>58</sup>. El alma cristalina del Beato fácilmente se siente traspasada y conmovida por tales destellos de la belleza de la naturaleza y así exhorta a esta contemplación deleitosa de la misteriosa grandiosidad del mundo: «Mira, hermano, la excelencia del lugar: mira esos Cielos, y contempla su grandeza. Cada una Estrella es mayor que la tierra, y muchos lugares veràs vacíos en el Cielo sin Estrellas, y podrian caber muchas mas...»<sup>59</sup>.

Pero, sin duda alguna, la estética de Orozco ante la naturaleza es sobre todo de orden religioso y en esta perspectiva son más frecuentes y decisivas sus consideraciones. Por principio, todo lo que el hombre experimenta como agradable en el mundo visible es fulgor parcial, participado, de la infinita hermosura que es Dios<sup>60</sup>. Aún en el tiempo de la penuria, tras el pecado de origen, desheredados los humanos del paraíso, su primera patria, en la belleza natural, en «esta multitud de arboles tan verdes, la corriente de agua tan clara, el sonido tan suave del ayre, que menea las hojas, con una suave melodia, tambien las aves no cessan de cantar, unas en mas alto tono, que otras», Orozco columbra «alguna similitud de aquel admirable puesto», el paraíso creado por Dios para el hombre<sup>61</sup>. Para la meditación y contemplación, espiritual y religiosa, la naturaleza parece un medio especialmente idóneo. La huída de los afanes sociales, el alejamiento de la ciudad en busca de la limpez y frescura del medio natural, encuentra también su exhortación en Orozco, que apunta con claridad la función humanizadora, dignificadora, que ejerce sobre el hombre la belleza del mundo. Pero la experiencia que Orozco busca en el campo es sobre todo

56 TSD, 591.

57 HRS, 296.

58 TSP, 211; BC, 172: «El panal de miel, como vemos, aparece hermoso a la vista y agradable sobremanera a la lengua y paladar».

59 HRS, 389.

60 C, 93.

61 TSD, 545.



de índole religiosa, es la meditación o el coloquio espiritual más grato con el amigo sobre los misterios divinos que la naturaleza propicia; como Agustino le dice a Orosio: «À la sombra de estos arboles, y frescura de esta fuente, en tanto que cae el fervor del Sol, platiquemos algo que sea al proposito, pues este refrigerio, que aqui hallamos, no es cosa à caso acaecida, sino merced muy singular, que de la providencia de Dios recibimos... O gran Dios, qué de consolaciones pierde el que no dexa las compañías, y tratos del mundo, para salir al campo y seguir este camino de contemplación»<sup>62</sup>. Y si el entorno natural facilita la meditación religiosa, la misma consideración del mundo en su orden y belleza es una vía de singular importancia en el conocimiento y reconocimiento existencial de Dios, por lo demás sumamente gozoso para el espíritu: «Quando sale acà fuera a considerar este universo, en el qual mira el Poder del Señor, que le criò, la Sabiduria suya, que le rige, y aquella suma Bondad, que le sustenta, es tanto el contentamiento...»<sup>63</sup>.

## 2. *La revelación de las criaturas*

El mundo, en efecto, establecido en la armonía que ya vimos, se presenta como argumento claro de la bondad y misericordia de su Creador, como ya viera Platón<sup>64</sup>. Si «cada cosa que Dios hizo, es un pregon de la sabiduria, poder, y bondad de su Creador»<sup>65</sup>, la naturaleza viviente en su objetividad es libro de la revelación divina cuyo autor es el Verbo creador que en él se comunica como Palabra: «En este Libro de la Vida, Jesu Christo nuestro Señor, se halla leccion exterior, considerandole en sus criaturas, porque este Verbo Dios es mano, que escribiò todo este universo por creacion». Por ello, los sabios verdaderos y los amigos de Dios contemplan cada criatura como letra o cifra salida de la mano del Creador y «assi sacan doctrina del Libro de la Naturaleza, no menos, que de qualquiera otra escritura», concluyendo en la exhortación a este reconocimiento de Dios a partir de los elementos naturales: «Cada vez, quando miraredes al Sol, vereis un retablo pintado, para sacar doctrina, y memoria de este Benigno

62 MC, 131.

63 TSD, 545.

64 C, 68.

65 HRS, 375; ver BC, 63-64.

Redemptor, que es Sol verdadero»<sup>66</sup>. Es evidente, pues, el valor de la revelación creacional de Dios y la consideración del mundo como escritura divina, «Libro de la mano de este Verbo Dios escrito, pues este universo èl lo fabricò»<sup>67</sup>. De este modo, y dicho aún de manera más explícita, la revelación de Dios y de Dios como amor ha tenido lugar de dos modos: «Lo primero en sus obras, y lo segundo en sus palabras», siendo el primero la creación ordenada, «con suavidad» del mundo y en particular del hombre<sup>68</sup>.

La revelación escrita da fe de esta anterior comunicación de Dios en el mundo creado. Como enseña el Sabio, de la grandeza del universo, en el que sus elementos se hallan en admirable orden y concierto de modo «que todo parezca estar en unidad», puede ser conocido el Creador (Sab 13)<sup>69</sup>. Más en particular, Orozco desgrana los elementos del ser divino que el hombre conoce y reconoce a partir del mundo en tanto que obra suya, porque, como también enseña san Pablo, las cosas invisibles de Dios se conocen por las cosas visibles: la creación del mundo revela el poder divino, su sabiduría es manifiesta en el gobierno de la realidad, la bondad del Creador se contempla en la belleza de seres celestes y terrenos<sup>70</sup>. En el conjunto de toda la creación, un elemento de particular poder expresivo respecto del Dios revelado en sus obras son los cielos, en los cuales decimos habita Dios «por ser tan admirable su hermosura, ser, y orden»; los mismos caracteres divinos ya citados son preceptibles a través del cielo: «En su grandeza entendemos vuestra Potencia: en su orden vuestra Sabiduria: y en su influencia, y luz vuestra Bondad; de manera, que con tales tres lenguas dice David, *que nos predicán estos Cielos vuestra gloria, y grandeza* (Sal 18)»<sup>71</sup>.

Pero este conocimiento de Dios, que es de carácter netamente religioso, el descubrimiento de Dios a partir de las criaturas, y de Dios como amor, esto es, la experiencia religiosa perfectamente formalizada como diálogo salvífico con el Creador y Padre amoro-

66 EE, 409.

67 EE, 411.

68 TSD, 481.

69 MC, 146.

70 TSD, 507. HRS, 336: «Este mundo, tan gracioso, y tan ordenado... es una representación del poder, saber, y bondad de Dios, que le crío: como por el gran pie, yendo de camino, arguye nuestro entendimiento ser grande el caminante, assi cada obra de Dios es rastro, y pisada del Criador, que la hizo». Ver MC, 146-147.

71 VO, 89.

so, no es un expediente fácil, siendo, por el contrario, más sencilla la misma experiencia religiosa desde la revelación histórica que culmina en Jesucristo. Según Orozco, es menester determinada una aptitud de penetración intelectual, de tal suerte que esta lectura religiosa de la realidad «pertenece a los Varones doctos, y letrados, y à los Angeles, que son vivos de entendimiento... A vos, hermana en Christo, y à mi, como erizos ignorantes, y animales pequeñitos, nos conviene ir à la piedra fortissima Christo»<sup>72</sup>. Sin embargo, en otros lugares, Orozco califica como grado más elemental, y por ende más asequible, la contemplación de Dios a partir de las criaturas, por la cual se debe comenzar<sup>73</sup>. Llenando Dios los cielos y la tierra, «adonde quiera que vamos, encontramos con Dios: como el pez en medio de la mar, que siempre encuentra con agua, adonde quiera que vaya» y, por tanto, cualquier lugar en el mundo puede ser oratorio para el alma, que en todo lugar alaba al Señor y gusta de su dulzura<sup>74</sup>.

### 3. *Iter espiritual de contemplación de Dios en la belleza del mundo*

En lo que es especialmente rica la enseñanza de Orozco, como maestro del espíritu, es en los requisitos de índole espiritual para la experiencia de Dios a través de las criaturas. Porque la contemplación del mundo que en su belleza reconoce el esmalte de oro del amor divino originario requiere la limpieza interior del hombre, sin la cual no es posible esta lectura religiosa de la realidad: «Si nuestra vida del alma no estuviese ciega de la vileza, y polvo de su propia passion, y amor, lo primero, que veria en todo lo criado, sería el amor del Criador: de aqui es, que los amigos de Dios (con muy mayor ingenio, y mas sutil arte, que aquel famoso Philosopho, llamado Pyrodas, el qual enseñó a sacar fuego del pedernal) de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar las centellas de fuego de amor»<sup>75</sup>. En este sentido Orozco perfila la vía

72 RVCh, 366; «Quien no tuviere tanta habilidad para subir por las criaturas a la contemplacion del Criador, à lo menos empleese en la contemplacion de la Passion de nuestro Salvador Jesu Christo», TSD, 508.

73 «Como nuestra flaqueza es tan grande, mayormente despues del pecado, tenemos necesidad de comenzar por lo menos principal, considerando la causa por sus efectos, y al Criador por las criaturas», MC, 146.

74 GL, 436.

75 EE, 412. MC, 145: «Grande armonia, y language muy vivo es al Varon espiritual, considerar este universo, assi como obra del Omnipotente Dios».

ascensional desde las criaturas al reconocimiento del Dios Creador, recreando un iter de transcendimiento ascético, de conocimiento racional y superación afectiva de las criaturas de claras resonancias agustinianas y, más atrás, de la antigua ascesis espiritual de los griegos, que unía la contemplación de la verdad y la purificación del alma. En su realidad admirable, la belleza sensible ha de tener un efecto inductor, anagógico, conduciendo a lo espiritual y divino. Lo mudable es valioso en su consistencia y hermosura, pero todos los seres hablan del Creador invitando a no detenerse en el amor a ellos: «Todas las criaturas son lenguas, que nos hablan, y dan voces para que no nos paremos en ellas, ni nos detengamos en amarlas. Todas a una voz dicen aquello que David dixo en un psalmo: *El Señor nos hizo, que nosotras no nos hicimos* (Psal. 99)»<sup>76</sup>. Es precisa, pues, la escucha atenta y obediente de esta confesión del Creador que hacen en su propia fuerza y belleza los mismos elementos naturales, tomar como indicativos o peldaños en la escala hacia Dios los elementos de la naturaleza justamente en su brillo y valor: «El oro, la plata, y perlas preciosas: las flores con su hermosura, los Cielos, y el Sol, y Estrellas con su resplandor, todas afirman, y dicen: Hechura somos de Dios: guiones que os enseñamos a vuestro Criador, passad adelante, no perdais tiempo, ni reposeis hasta conocer, y conociendo, amar al Omnipotente Dios, que este hermoso universo criò. Los cielos (dixo el Profeta) recuentan, y son cronica de la gloria de Dios. O Señor (dice nuestro Padre) todas las cosas que ay en el Cielo, y en la tierra me dicen que os ame» (S. Augus., cap. 24 *Manual*). Es requisito necesario el oído afinado para captar este lenguaje de armonías de las criaturas, la musicalidad de su testimonio que pide ser apreciado en su mismo encanto con la concentración, la pureza interior, la libertad afectiva, que hacen posible a su vez trascenderlo y alcanzar y amar la fuente originaria de su belleza. Bienaventurado es quien así percibe la hermosura del mundo y ascéticamente llega a la belleza del amor divino que es su fuente: «Dichosa el alma que oye este lenguaje, y gusta de esta dulce musica de noche, y de dia. Bienaventurado el christiano, que ha ensordecido al mundo, y sus vanidades, y goza de estas suaves voces, que dan los Cielos, y la tierra, y elementos, poniendonos demanda tan justa, tan preciosa, y facil, como es amar a nuestro Señor, y Redemptor»<sup>77</sup>. Y si es pre-

<sup>76</sup> AAD, 224. Se perciben aquí ecos del célebre texto agustiniano de *Confesiones* VI, 9.

<sup>77</sup> AAD, 224; ver MC, 146. Otra descripción de este ascenso a Dios a través de las criaturas en BC, 44. Orozo enseña también —MAS, 199— otro modo

ciso este afinamiento o purificación espiritual para captar la confesión del Creador que hacen los seres naturales, a juicio de Orozco, no son tantos, de hecho, los que la llegan a percibir<sup>78</sup>. Para los hombres vanos las criaturas visibles con su belleza son un tropezadero en el que caen porque las miran para su vanidad según enseña el Sabio, mientras que para los justos son escala con que llegan al Cielo, «y de ellas se levantan en tan alto vuelo, que en cada flor, en cada estrella del Cielo, y en cada una cosa, que ven, les parece estar allí Dios como en trono, dándoles aquel ser, aquella virtud, y hermosura»<sup>79</sup>. En definitiva, el mundo cambia de aspecto según el hombre mire con ojos purificados por la gracia o empañados por el mal; el hombre encuentra en el mundo lo que él es y lo que busca.

Si la justicia, la rectitud espiritual, es requisito para esta experiencia de Dios a través del orden y belleza de las criaturas, a la postre dicha contemplación de Dios es obra también de la gracia divina, que con el don de la fe ilumina el entendimiento que así conoce que los seres naturales en su belleza son obra de un Dios creador, y a esta razón alumbrada hay que seguir con docilidad<sup>80</sup>. Y también gracia divina porque esta contemplación requiere desasimilamiento de las criaturas, una no posesividad ante ellas, la libertad y el ordenamiento afectivo que Dios mismo ha de conceder, tal como reza la oración de Orozco: «Suplico à vuestra Magestad, que no permitais, que con passion mire yo lo que Vos criasteis: no me lleven los sentidos cautivo, sino que siga yo la razon, alumbrada de fe: vea yo la Verdad eterna que sois Vos, en las obras de vuestras manos: contemple vuestro Poder soberano en ellas, vuestra Sabiduria, y Bondad, y no me ciegue la vanidad de los que olvi-

de contemplación de Dios siguiendo al Areopagita, en negación de las criaturas, esto es, pasando sobre ellas, prescindiendo de la escala normal por la que el entendimiento llega a Dios trámite los seres del mundo y saltando directamente a Él; ver MAS, 294.

78 «De esta armonia y dulce musica, que todas las criaturas hacen, alabando al que las hizo, gozan pocos, porque ha de ser espiritu bien apurado, y levantando al Cielo, y ha de tener el oido bien vivo el que la ha de gozar», HRS, 375. BC, 65: «La mayor parte de los hombres, mirando únicamente las cosas que ven, y no levantando el espíritu a lo alto, se pegan más de lo justo a ellas, olvidando a su creador».

79 TSD, 545; MC, 159: «¿Qué alegría mayor puede ser à una alma, que siente de Dios, que contemplar en cada lugar tan presente à su Criador, que aun le parezca algunas veces, que con los ojos corporales le quiere ver?».

80 «Nuestra razon natural, y nuestro entendimiento, pues Dios nos lo dio, escudriñen con humildad, y contemplen las obras de Dios, tiendan las alas quanto pudieren, mas adonde les faltan las Fe», ECh, 67.

dado el Criador, ponen su fin, y su amor en las criaturas»<sup>81</sup>. Con cierta resonancia del binomio «uti-frui» de san Agustín, Orozco exhorta a un amor despegado a los seres creados de modo que tal afecto mantenga el hombre libre de tensiones y no le aleje de Dios que es el término del amor humano: «Sirvete de todo, nada amando sino à tu Esposo..., que nada de todo lo criado ames por afición alguna, que se inquiete tu corazón: porque quando la afición de la criatura trae desassossiego, yà es señal, que pregona guerra, pues se rebuelve el agua clara de tus pensamientos reposados»<sup>82</sup>.

Se aprecia con claridad que el recto reconocimiento del orden de belleza de las criaturas exige el correlativo ordenamiento del hombre, orden que en su razón pone la fe, y sumisión, ordenamiento de los afectos o pasiones a los criterios de esa razón iluminada, de tal suerte que el ascenso graduado a Dios a través del mundo conlleva necesariamente jerarquización, ordenamiento interno en el complejo psíquico y espiritual del hombre. Siguiendo de cerca la valencia moral y teológica del *ordo* enseñada por san Agustín<sup>83</sup>, para Orozco al «orden» de la creación corresponde por parte del hombre el ordenamiento racional y afectivo que alcanza su culminación en el orden más bello de la caridad como amor ordenado en Dios: «El bellissimo orden de la caridad pide que todo lo amemos por Dios y en Dios; mas a Dios, como sumo bien, por sí mismo»<sup>84</sup>. Y cuando no es así, cuando el alma se apega desordenadamente a las criaturas postergando al Creador, «desamparando la verdad», se produce una servidumbre, una alienación que disgrega y tortura: las criaturas «no son tuyas, antes ella es de todas: cada una la lleva su pedazo, la divide, y aparta de su Criador: todas la atormentan, y buscando en ellas consuelo, mas la afligen»<sup>85</sup>.

81 TSD, 545. En ECh, 121: «Vean mis ojos la verdad, que sois vos Criador mio, en todas vuestras criaturas, pues que estais en ellas por essencia, presencia y potencia, y alabe mi anima à vos, autor de ellas, y no vean la vanidad, prefiriendo el amor de ellas al vuestro, antes en todas las cosas os contemple, y ame a vos, y por vos las ame todas».

82 MAS, 263.

83 Sobre la vertiente moral y religiosa del *ordo* agustiniano, R. Flórez, *Presencia de la verdad*, Madrid 1971, 163-199; A. Uña Juárez, o. c., 203-209.

84 BC, 298. Como enseña san Bernardo, el orden de la caridad «dà a cada virtud concierto, hermosura, y perpetuidad; y sin orden, todo va confuso, feo, y no tiene firmeza», MC, 135.

85 MAS, 269-270. «Las criaturas, sin amor de Dios, espinas son, y puntas de diamante, que lastiman el corazón. Mandasteislo, Señor, y assi es, que à sí mismo sea tormento el animo desordenado», GL, 447. En este asunto es rica y frecuente la enseñanza espiritual de Orozco.

De la gloriosa armonía de los mundos muchas veces afirma Orozco que fue perfectamente vista y descrita por los filósofos de la antigüedad, apuntando la admiración ante el orden y la regularidad de los movimientos físicos como origen de la reflexión filosófica de los griegos: «La armonía, y orden de este mundo nos pregonan aquella suma Sabiduría... y esto traía admiración a los Philosophos, que andaban solitarios, comiendo yervas por los campos, contemplando la armonía, y concierto de este delicado reloj, que es el mundo: y lo que más les admiraba, era, ver el movimiento de esos cielos, tan sin cesar, y tan sin faltar, siendo tan antiguos, conservando su hermosura, sin aver mudanza alguna»<sup>86</sup>. Los sabios del mundo, carentes de la verdad revelada que da cuenta de su origen divino, ante la magna armonía que todo lo rige, quedaban suspensos y espantados<sup>87</sup>. Sin embargo, la posición más frecuente y más determinante de Orozco es el reconocimiento de que los filósofos paganos en la contemplación de la misteriosa grandeza del mundo, a la luz de su razón, llegaron a deducir su origen divino y el ser y potencia de Dios: «Sabían muy bien, que cada cosa tiene ser, poder, y obrar, como dice San Dionysio: y como gente avisada, por la obra sacaban el gran poder de Dios, y por el poder arguían delicadamente el ser del que obraba». Más específicamente, a partir del orden y hermosura del mundo alcanzaron a conocer el poder del Creador de tamaña perfección: «Miraban este mundo tan hermoso, tan ordenado, y tan provechoso, y por la obra delicada, tan sutil, y tan agraciada, vinieron e conocimiento de un Dios tan Poderoso, que pudo sacar de sus manos una obra tan acabada»<sup>88</sup>. Así dedujeron, en coincidencia con lo enseñado por la Escritura, la sabiduría y amorosidad del Hacedor, que sólo por morde su bondad hizo el universo, como ya oímos sentenciar al «divi-

86 TSD, 508. «Admirados andaban los Philosophos, considerando el reloj tan concertado de las ruedas de esos cielos, la armonía de estos quatro elementos, tierra, y agua, ayre, y fuego!», *Id.*, 476. «Este universo, criado, y hecho de la mano de Dios, tan gracioso, y tan concertado, que traía abobados a los mas sabios Philosophos la delicada armonía de estos cielos, reloj tan concertado, sin regirle ninguno de los hombres... Miraban tanta diversidad de aves, plantas, y animales, que cierto la consideracion de tan hermoso artificio, y obra tan delicada, los sacaba de si mismos...», HRS, 314. Igual en *Id.*, 335.

87 «Concierto maravilloso, con el qual dispuso los cielos y estos quatro elementos, cuyo orden traía suspensos, y espantados a los Sabios del mundo, dado, que no tenían la lumbre de la fe», TSD, 476.

88 TSD, 465; «Sentencia es de todos los Philosophos, que nuestro Dios, Sabiduría eterna, quando quiso criar el mundo, para enseñar su poder, sabiduría y bondad, con tan admirable orden le concertò....», VyM, 65; ver C, 88 y ECh, 149.

no Platón»: «La bondad de Dios fue la causa del ser hecho este mundo»<sup>89</sup>. El mismo Platón afirmará también la conservación solícita por parte de Dios de todo lo creado, y ante todo ello no deja de admirarse Orozco que la razón natural haya volado tan alto<sup>90</sup>. Sin embargo, con no menor frecuencia apostilla que el mero conocimiento racional de Dios a partir de la naturaleza no basta para la salvación del hombre, siendo preciso amarle, y aludiendo a la doctrina paulina sobre la no realización de las posibilidades religiosas dadas en la creación (Rom 1, 21 ss.) refiere la correspondiente sanción divina: «Aquellos hombres sabios, según el mundo, fueron condenados por locos delante de los ojos de Dios»<sup>91</sup>, de donde la exhortación a evitar el fracaso de los paganos, porque el término propio de la contemplación de Dios en las maravillas de la naturaleza es de índole netamente religiosa como adoración, obediencia, gratitud y amor<sup>92</sup>.

Es menester, pues, gran espíritu para pasar de las cosas visibles a las invisibles, es menester no «buscar la curiosidad, sino la verdad» y la verdad es el ser personal del Creador y la debida relación con Él. Y a tal propósito, el creacionismo bíblico en su novedad específica, o sea, según él lo describe, la integralidad de conocimiento y reverencial confesión religiosa de la *creatio* y del *Creator ex nihilo*, no le parece a Orozco alcanzable por la sola razón: «toda la sabiduría humana no bastò a dâr titulo de Criador al Señor, sino la santa fe revelada, que Santiago (Sant 3, 17) llamó ciencia del Cielo, la qual es escuela de buena crianza, y comedimiento para con nuestro Criador: ella sola nos enseña una ciencia tan delicada, como es afirmar, que el mundo fue creado de nada, por sola una palabra de este Señor»<sup>93</sup>.

89 TSD, 466; ver HRS, 314.

90 TSD, 465. Pero si así llegaron a Dios no es sino porque todo lo es huella y rastro suyo: VMO, 270; BC, 64.

91 TSD, 466; BC, 64.

92 «No has de ser como los Philosophos, que conocieron un Dios, y causa primera, que mueve todas las segundas causas, y pararon allí, y no honraron aquel Sumo Bien, amandole juntamente: de aquí nació su perdicion, según afirma San Pablo», TC, 171.

93 MC, 146. De ahí que si los filósofos gentiles con su proceder, según el Apóstol «son inexcusables», mucho mayor castigo será el de los cristianos, ilustrados por la revelación sobrenatural: BC, 64.



#### 4. *Exhortación a la contemplación de Dios revelado en las criaturas*

En la contemplación auténtica que Orozco enseña y de la que da testimonio personal, la belleza deleitosamente percibida llama a su fuente, al Dios origen de tanta hermosura y concierto. Es decir, la percepción estética induce y nutre el ansia de contemplar directamente la belleza personal del Dios creador; más se sabe apreciar y de hecho se aprecia la belleza natural, más fuerte es el deseo de Dios que la misma armonía y esplendidez de las cosas sugiere delicadamente: «Me aveis enseñado vuestras pisadas, que en alguna manera os representan, y son como rastro de vuestra Magestad. Veo esos Cielos tan claros, y hermosos, con el Sol, Luna, y Estrellas adornadas. Veo los campos, y florestas, tan agraciadas con arboles, flores, y verdura: y los rios con tanto concierto, que vàn corriendo al mar: todo, mi Dios, me pone en deseo de vèr la causa, y Artifice de tan delicadas obras»<sup>94</sup>.

Entrevista, presentida la belleza divina en el encanto de los seres, se impulsa la búsqueda inquieta, el camino más arduo y doloroso y más gratificante, con el aliciente de lo ya gozado en las criaturas, hacia el hontanar de la Belleza divina: «¿La hermosura de aquel, que criò tan lindos esos Cielos, Sol, Luna, y estrellas, la vista apacible de las flores, y rosas, quanto mas nos avia de mover à sufrir grandes aflicciones, por vèr, y gozar del que es Fuente, y Venero de tanta hermosura?»<sup>95</sup>. Tal es el término al que llama la visión de lo bello del mundo, y por él la plegaria al Dios presentido en él, rogando su más abierta revelación: «Manifestad os, Rey mio, y gloria mia, à mi alma: y pues veo los efectos, goze yà de la vista de la causa de todas las causas, que sois Vos. Oygo la musica tan concertada, que suena en el concierto admirabe de este universo: vea tambien al Maestro, que la toca»<sup>96</sup>.

En la espiritualidad de Orozco esta contemplación religiosa de la realidad, tal como se describe, goza de un altísimo reconocimiento. Con ello el escritor agustino se muestra muy consecuente con la afirmación ya recogida de que la creación es la primera revelación divina y, por tanto, una posibilidad y un deber religioso

94 HRS, 388; ver MC, 145.

95 TSD, 604. «O gran Dios, si en la contemplacion de las criaturas, que son centellas pequeñitas, y gotas de agua, participadas de aquel Mar Oceano nuestro Dios, que las criò, se halla tanto gusto, y alegria: ¿quanto mayor se hallara en la contemplacion del Criador?», HRS, 350.

96 HRS, 388.

del hombre buscar y vivir a Dios a partir de esta presencia y comunicación suya en los seres naturales. La contemplación religiosa de la creación no es una vía secundaria o algo facultativo en la vida de la fe, es una preciosa posibilidad de conocer y amar a Dios que en modo alguno puede ser desaprovechada, de manera que Orozco urge expresamente a un cultivo consciente y regular: «Plu-guiesse à la divina Bondad, que cada Christiano alguna hora del dia empleasse en contemplar este teatro tan hermoso, este mundo visible, retrato y muestra, aunque tosca, y como hecha de carbon, del Mundo invisible... ¡O quanta falta ay de considerar el primor, con que Dios nos ataviò esta casa, aunque yà por el pecado la bolvimos en carcel!... contemplemos la suavidad, y blandura, con que ordenò sus criaturas, para que con amor suave le entreguemos nuestras entrañas, y corazon»<sup>97</sup>. Y de igual modo la correspondiente censura hacia el comportamiento contrario de los hombres, de puro aprovechamiento material de las cosas e ignorante del misterio de amor transcendente que las sostiene: «¡O quanta falta ay de considerar el primor, con que Dios nos ataviò esta casa, aunque yà por el pecado la bolvimos en carcel! Passan algunos hombres por estas cosas criadas para su servicio como gente sin juicio. Gozan de los frutos de la tierra, sin alabar al que criò la tierra, y le diò tal virtud... contemplemos la suavidad, y blandura, con que ordenò sus criaturas, para que con amor suave le entreguemos nuestras entrañas, y corazon»<sup>98</sup>.

### III. EL CULTO DEL HOMBRE A DIOS EN NOMBRE DE LAS CRIATURAS

La experiencia religiosa que se formaliza a partir de la creación brota de un segundo punto originario, la ya referida superioridad del hombre sobre el mundo que determina su dominio humano los demás seres, creados exactamente para servicio suyo.

Por motivo de su perfección propia como ser racional y semejante a Él, el hombre es en el conjunto de los seres el lugar donde con mayor claridad se manifiesta el Creador<sup>99</sup>. De ello se sigue el

97 TSD, 476; «Aunque aora en esta vida no podemos conocer aquella causa primera nuestro Dios, que à lo menos por sus efectos, y obras puede nuestro entendimiento subir à la contemplacion del mismo Dios», *Id.*, 507.

98 TSD, 476.

99 «Donde mas particularmente Dios se manifestò entre todas estas cosas visibles, fue en el hombre: de manera, que en este menor mundo, assi llamado

debido reconocimiento y gratitud a Dios por parte del individuo humano que lleva esculpida la imagen del Creador, en la derivación de una espiritualidad de la imagen como experiencia religiosa desde la intimidad de la propia criatura humana, la interioridad como vía de experimentación de Dios, en lo que no nos adentramos por no corresponderse esta temática importante, que en Orozco halla desarrollos muy notables, con el objeto del presente estudio.

Atendiendo a la relación del hombre con la realidad externa a él, su superioridad frente a los demás seres es la voluntad del Dios Creador. Esta mayor consideración o entrega de Dios en la formación del ser humano en su excelencia, «mayor suavidad» como suele decir Orozco, motiva y exige el reconocimiento afectuoso y la alabanza al Creador: «Con quanta mayor suavidad Dios dispuso al hombre, que à todo quanto criò, aunque los cielos entren en esta quenta... ¿Què corazon ay, que considerando estas entrañas tan amorosas de Dios, y contemplando, con què suavidad Dios Señor nuestro criò al hombre, que no se enterezca, y alabe con gran alegría, y ame à quien tanto le amo, y ensalzò?»<sup>100</sup>.

El dominio del hombre sobre la naturaleza que Dios le otorga como verdadero lugarteniente suyo en el mundo conlleva la necesaria gratitud hacia Él: «Es el hombre retrato, de vuestra mano sacado, à quien todo lo criado sirva, para obligarle à que el por todo os alabe, y por todas las cosas os de gracias y os ame con todo su corazon»<sup>101</sup>. La entrega de la entera realidad por parte de su Creador es un extraordinario gesto de amor hacia el hombre, que obedece al propósito de provocar en él la correspondiente respuesta de reconocimiento amoroso. La naturaleza, en definitiva, constituida, traspasada, orientada por un aliento de gracia como amor sugerente, apelativo, que llama al hombre a la comunión con el Creador y que se expresa en la misma textura material y formal, en la utilidad y belleza de las criaturas. Este llamamiento al amor al Creador, que le hacen llegar al hombre los seres del mundo, es la idea más decisiva en las consideraciones de Orozco a este respecto<sup>102</sup>,

por el Philosopho, aquel Poder infinito, Sabiduria eterna, y Bondad suma, se declarò mas altamente...», TSD, 509.

100 TSD, 477; AAD, 257: «El fin para que Dios le criò, y le puso en este teatro tan admirable de este mundo, fue para que amasse à su hacedor de todo corazon, y le alabase, y diesse gracias, como à Señor, y Criador: de cuya mano ha recibido el sèr, y tan aventajado à las otras criaturas visibles».

101 EE, 413.

102 «Por esta perla preciosa, y rubì encendido de amor, diò al hombre todo lo criado, haciendole Señor de este universo, como dice David, porque

sobre la que da un paso ulterior de gran importancia: Si todos los seres creados son inconscientes y no pueden conocer a Dios, el hombre, como representante suyo en la tierra <sup>103</sup>, al tiempo que usa de ellos, ha de pagar por todos el tributo de amoroso agradecimiento al Creador y Padre común: «Cada mañana hallareis à la puerta de vuestra casa todo el Universo, las aves, animales, campos, y cielos, que os esperan, para servirlos, para que vos pagueis por todos el servicio de amor libre, que vos sola en lugar de todos debeis à vuestro Criador, y suyo: de manera, que todas las cosas nos despiertan à amor de Dios, y todas, como un Procurador de su Señor, nos ponen demanda de amor» <sup>104</sup>. El hombre, no sólo por sí, sino en nombre de todas las criaturas no racionales, ha de loar al Creador, como el salmista (Sal 148) que «no hace sino combidar à los Cielos, al Sol, Luna, y estrellas, y à todo este universo que alabe al Señor, esto es alabar èl à Dios, y amarle por todas las criaturas» <sup>105</sup>. El cristiano ha de imitar a los tres jóvenes en el horno de Babilonia, que no sólo bendecían al Creador, sino que «como quien hace una harpa de muchas cuerdas, compusieron aquel cantico divino, combidando à todas las criaturas, que les ayudassen à bendecir al Señor. *Benedicid todas las obras del Señor al que os criò: loadle por todos los siglos*»; así el cristiano desea que «cada estrella, y cada criatura sea lengua, que bendiga, y alabe à su Criador» <sup>106</sup>. El antropocentrismo de la creación suscita aquí una correlación en la experiencia religiosa del hombre: Éste recibe de Dios la creación a él finalizada y se hace cargo religiosamente de ella para ofrecerla mediante su inteligencia y libertad al mismo Creador en el culto de su amor humano. En el servicio al hombre alcanza el mundo creado su primer sentido y destino y en cuanto el hombre lo lleva consigo a la alabanza y al amor a Dios su destino final, que no es sino retorno al Origen. Se encuentra el hombre íntimamente unido a la naturaleza, formando con ella un todo orgánico que halla su sentido último

dandoselo todo, le obligue à pagar con todo la deuda de amor à su Criador», EE, 412. Ver RVCh, 339; MC, 145.

<sup>103</sup> «Solamente èl conoce a Dios: de manera, que las otras criaturas visibiles son como estatuas mudas, que ni entienden, ni usan de razon mas el hombre criado à la imagen, y similitud de Dios... tiene entendimiento, y voluntad libre con los Angeles, y aun representa a su Criador en usar del libero arbitrio», TSD, 475-476.

<sup>104</sup> EE, 413. RVCh, 399-400: «O Señor mio, todas vuestras criaturas os glorifiquen, las quales me aveis dadò en servicio, para que yo por todas os alabe».

<sup>105</sup> AAD, 257-258. «Las estrellas del Cielo, y las arenas del mar, todas se hagan lenguas, en compañía de todo lo criado, para glorificaros conmigo, y para agradeceros lo mucho, que yo debo», MAS, 214; ver *Id.*, 313; GL, 428.

<sup>106</sup> GL, 428.

y su perfección en la gloria de Dios. Pero sólo el sujeto humano, con plena consciencia amorosa, puede llevar el mundo hacia Dios dándole gloria. Entonces oficia como sacerdote y mediador entre el Dios Creador y las criaturas, no racionales, pero no tan carentes de verdad y sentido que no interpelen al ser inteligente a volverse juntos en culto religioso al común Hacedor. Aquí se perfila una gozosa visión de las criaturas del mundo, vistas y acogidas como nunciatura del amor de Dios que ofreciendo al hombre sus valores, en esa misma entrega de su virtualidad benéfica, le llaman a la gratitud y al amor al Creador, que ha dispuesto una economía mundana de gracia y le solicitan ser llevadas con él al acto de glorificación del Creador. Se trata, con todo rigor, de una visión sacramental de la naturaleza como signo eficaz del salvación en cuanto transmite el amor y la gracia divinos al ofrecer al hombre objetiva y realmente su densidad ontológica y su belleza formal, una entrañable visión de la fraternidad religiosa entre el hombre y las criaturas del mundo que le urgen delicadamente a rendir con responsabilidad la debida gratitud por y con ellas mismas al Padre común.

Así el mundo es inmensa y misteriosa trama que en sus hilos quiere acoger y conducir la voluntad rendida del hombre en adoración al Dios Creador, que «tuvo por bien de criar este universo, como quien hace una cadena de amor, con la qual prendiese al hombre, para sujetarle al yugo libre del Santo Amor»<sup>107</sup>. Este mundo, mundo nuestro, apremia al amor de Dios que nos lo entrega<sup>108</sup> y de esta doctrina clara, firme, sustancial, no puede no derivarse, con la mayor lógica, la urgente exhortación de Orozco a contemplar el mundo cual hogar cálido, habitación a medida del hombre, construida con canon de belleza divina, tal como el mismo Orozco expone. De esta naturaleza espléndida puede y debe tomar el hombre lecciones sustanciosas para su proceder religioso. Con su hacer o movimiento natural, en su inconsciencia, todos los seres físicos y animados cumplen la voluntad del Creador y así invitan a la libertad humana a hacer lo mismo voluntariamente<sup>109</sup>. El dina-

107 EE, 415.

108 «Mucho nos combida à amar à Dios, por avernos criado, y por darnos este mundo, cielos, y elementos, que nos sirvan», AAD, 230.

109 RVCh, 399: «A estas alabanzas combidan las aves, pues en viniendo el dia, con alegría se emplean en loar, sin saber lo que hacen à su Criador, y Señor», BC, 60: «¡Oh dolor! mientras la dura roca, los árboles, los verdes prados, los peces y animales selváticos obedecen naturalmente al Hacedor y sin cansancio le glorifican, los hombres à quienes Dios en tanto grado aprecia, que les dotó del incomparable don de la razón y los hizo à su imagen y semejanza,

mismo, el orden activo de toda la realidad, instan al hombre a no estar ocioso sino a buscar su lugar y su papel, desde su propia naturaleza racional, en el concierto interactivo de los seres. Tal es la voluntad del Dios Creador, eternamente activo, que nos es manifiesta a los humanos por la entera realidad <sup>110</sup>. En fenómenos naturales más concretos, llega Orozco a percibir una lógica interna en virtud de la cual se impone aquello de mayor positividad ontológica, de más grande luminosidad, lo cual no deja de interpelar al hombre a fin de que en su conducta moral emule esa fuerza de afirmación que vence la negatividad, sobreponiéndole una ley de amor: «El Sol cuando sale por la mañana halla tinieblas, y obscuridad, y trabaja con toda sus fuerzas de alumbrar la tierra, y quitar las tinieblas: luego el Señor del mundo con gran razon quiere que la mas noble criatura visible, que es el hombre, haga lo que todas las cosas hacen de enemigos amigos, amandolos y haciendolos buenas obras. Esta es aquella razon delicada, que el Señor dio diciendo: *Amad vuestros enemigos, y hacedeles bien*» <sup>111</sup>. En el hermoso concierto de la realidad creada proclamando la gloria de Dios, sólo el hombre introduce la disonancia que deforma y afea el mundo cuando no tributa la debida adoración agradecida al Creador: «Todas las criaturas son voces, que alaban à su Criador, y le sirven como de Capilla Real; solo el pecador, voz ronca, y desgraciada, en alguna manera turba, y desbarata esta dulce harmonia» <sup>112</sup>. Evidentemente, si la más elemental criatura es capaz

han venido à tal punto de locura, que no se avergüenzan de ofenderle y blasfemarle».

110 «No hallareis cosa en este universo, que no estè ocupada, exercitando algun officio: si no, miradlo por estos Cielos, que jamàs, ni un momento cessan de caminar, dando bueltas, para con su luz è influencia dar favor à la tierra, que engendre tantas yervas, plantas, metales, y todo lo demàs. El agua, bien veis, que no està ociosa, ni tampoco, el ayre, ni el fuego: de manera, que el Artifice Sumo, nuestro Dios, luego que criò todas las cosas, las ocupò en algun exercicio... Siendo, pues, la orden, en que todas las cosas estàn assentadas tan de la mano del Señor, que las ordenò, una ley, y concierto, que cada una, segun su perfeccion, siempre se exercita en su officio, no avia de quedar la mas noble ciatura, que es el hombre, essempta de tal orden, y ley», MC, 127-128. El ejemplo de la laboriosa hormiga, en *Id.*, 129.

111 AAD, 250.

112 VyM, 27. Por eso, cuando con enorme frecuencia, Orozco condena el mundo o lo caracteriza del modo más negativo, es evidente que se refiere al mundo en la acepción joánica como referente de la maldad, el egoísmo, la vanidad, formado por el diablo y los hombres pecadores, bien distinto de la naturaleza salida de las manos de Dios, siempre buena y sumisa a su Creador: «Este mundo, que es hechura de Dios, siempre conociò su Artifice, y en su manera como èl pudo, declarò ser Christo Señor del universo, y le obedeciò. Luego el

de dar al hombre lección de cumplimiento de la ley divina, si cualquier animal cumple por instinto natural lo que el ser humano no hace, siendo racional, semejante al Creador, señor de toda la naturaleza, es por motivo de la grave postración en que se encuentra, del lamentable eclipse de su espíritu provocado por el pecado, derivado de su libertad, y ello, a la postre, no debe sino llevar al hombre a una profunda actitud de humildad, lejos de toda fatua presunción por mor de su excelencia <sup>113</sup>.

Y en otra derivación, también de máximo valor y en perfecta consonancia con todo lo expuesto, la referencia de Orozco, aunque breve, al respeto que el hombre debe a la naturaleza como criatura de Dios, colmada de dignidad y eficiencia salvífica, de modo que, en ocasión de la confesión sacramental, manda al penitente que «tambien se acuse si maldice las criaturas de Dios, que es muy feo vicio» <sup>114</sup>. Por lo demás, Orozco es bien consciente de la dependencia más elemental que el hombre tiene respecto de la naturaleza <sup>115</sup>.

GONZALO TEJERINA ARIAS

## SUMMARY

In the wide-ranging spiritual teaching of Alonso de Orozco, OSA, 1500-1591, who is to be canonised next year, his theology and spirituality of creation has prominence. In this he develops a living religious aesthetic: a theory of spiritual perception of the order and

mundo ciego, tonto, y loco, otro mundo es, que ha ingeniado el demonio embidioso y enemigo de la gloria de Dios, y de la salud de los hombres», VMO, 269. 113 MC, 129.

114 SP, 339; en *Id.*, 345 instruye a los confesores que pregunten al penitente «si maldice al proximo, o a sí mismo, o a las criaturas irracionales».

115 A resultas del pecado original, el hombre queda físicamente desnudo y obligado a «buscar vestido a costa de los animales, à los quales despojamos, desnudandolos à ellos para vestirnos», lo que evidencia la gran miseria del hombre: «El ave se viste con sus propias plumas, los animales à nadie despojan para vestirse, los arboles se cubren de sus cortezas, y solo el triste del hombre nace desnudo, y necesitado à mendigar vestidura, à costa agena», HRS, 343.

beauty of the world, which makes up a very important journey in the access to God through creational revelation. The perception of the beautiful harmony of all creation calls man to put himself in order. With this experience of beauty in the world and personal ascetics that recreate an interior spiritual order, with the aid of grace, the man can reach a singular contemplation of the infinite love and beauty of the Creator.